



## **La violencia en las pantallas, un reto**

**Por Iyamira Hernández Pita.**

**(Especial para No a la Violencia)**

Aseguran no pocos especialistas que la violencia se incluye entre las cuatro catástrofes más graves que debe enfrentar la humanidad en los albores de este milenio.

Este fenómeno se ha convertido en un problema de todos, en un mal cotidiano con el que se convive como si fuera natural. Se ha constatado que está presente en casi todas las sociedades contemporáneas y es capaz de generar víctimas de las más diversas características.

Gran responsabilidad puede otorgarse a los medios de comunicación masiva en la proliferación de este mal, de lo cual no quedan excluidas las diferentes manifestaciones artísticas. Es por ello que se hace urgente visualizar la relación entre la violencia de género y la cultura en general, el arte en particular; así como su tratamiento en los medios de comunicación y la influencia que estos ejercen en la evolución de esa problemática al interior de la familia, y en su repercusión a escala social.

Es realmente impresionante la manera en que ha pervivido, a lo largo de la historia humana, el pensamiento androcéntrico; el uso de la fuerza para la resolución de conflictos y, consecuentemente, su expresión en las diferentes manifestaciones artísticas: la literatura, la plástica, el cine, la televisión o la música.

Pensemos juntos en cómo desde las manifestaciones artísticas podemos lo mismo legitimar, que combatir la violencia de género; y comprenderemos la necesidad urgente de que las y los creadores contemporáneos concienticen esa responsabilidad.

Igualmente, hay que educar a la población para que pueda identificar cuándo una obra de teatro, una película, una lectura o un programa televisivo, por sólo citar algunos ejemplos, promueven la violencia, y cómo podemos hacer algo para ayudar a enfrentar esta otra amenaza.

La televisión y el cine en particular son poderosas herramientas audiovisuales, que, de alguna manera, se imponen sobre otras manifestaciones del arte, por la facilidad con la que se cuelan en los hogares cada día e influyen en las conductas y hábitos, especialmente de pequeñas y pequeños, quienes desde temprana edad son sometidos a su influencia sin obtener otro tipo de información paralela y reproducen, por imitación, pautas de conducta muchas veces violentas.

Los adolescentes, por su parte, en pleno proceso de formación identitaria, incorporan también desde los medios de comunicación, en busca de una aceptación social muy importante para ellos en esta etapa, normas, valores, pautas, actitudes que conllevan posteriormente a un determinado comportamiento individual y colectivo.

Por tanto, es responsabilidad de comunicadoras y comunicadores de todos los espacios alertar sobre los efectos psicológicos que los medios de comunicación masiva, y en especial la televisión, el cine y otras manifestaciones artísticas, ejercen sobre las más jóvenes generaciones.

### **Desarmados frente a la caja parlante**

Los niños y las niñas recurren a la televisión para satisfacer sus necesidades de distracción, reducir las tensiones y como medio para obtener información. Además de las motivaciones personales, podríamos agregar un factor situacional externo: el niño ve televisión, en muchísimas ocasiones, porque se la impone la sociedad; la ve porque no le queda otro remedio. Se la ofrecen en el ambiente del hogar, lo que se le refuerza con la conducta de contemplación por los padres.

En otros casos, la televisión es la única compañía de niñas y niños y a veces se convierte en una especie de niñera. El ver la televisión es un hábito que se refuerza diariamente, a través de gestos, sonrisas y aprobaciones de los padres. En estas edades invierten más tiempo viendo televisión que haciendo cualquier otra cosa. Luego, ese tiempo va cambiando en función de la edad, el sexo, la clase social y se relaciona con los conceptos que impongan sus padres.

Según estadísticas internacionales, en promedio, la población infantil ve unas 54 horas de televisión semanales, lo que significa entre siete y ocho horas diarias. En Cuba, aunque no hay estudios tan precisos, las cifras no cambian mucho, si se tiene en cuenta que los pequeños y



pequeñas ven televisión en la escuela, mientras comen e, incluso, mientras hacen la tarea. Por tanto, no es difícil concluir que la televisión, más que cualquier otro medio, es la que proporciona una base común de información en las primeras fases de socialización.

En toda comunicación se persigue lograr un “efecto”. La televisión y el cine son herramientas que adaptan a su conveniencia la formación de valores, estilos de vida, estereotipos, prejuicios, proyectados en diferentes manifestaciones artísticas: la música, las artes escénicas, la plástica. En consecuencia, el hecho de ver actos de violencia en la pantalla provocará conductas agresivas e inducirá actitudes similares en los espectadores: de ahí la vulnerabilidad de este sector poblacional frente a la pantalla.

Si los programas que se ven son, con frecuencia, de alto contenido violento, el espectador puede convertirse en practicante de la violencia en la vida real. Recordemos que la imitación es muy importante en la adquisición de la conducta, ya sea adaptada o deformada. La televisión y el cine ofrecen modelos simbólicos, que juegan un papel fundamental en la conformación de la conducta y la modificación de normas sociales.

Si nos detenemos a pensar un poquito, podremos ser conscientes de cómo los efectos de la violencia física en la televisión y el cine afectan selectivamente a los varones, mientras que las niñas manifiestan fuertes reacciones por medio de expresiones corporales no físicas (verbales o psicológicas).

La violencia prolifera en la televisión y en casi todas las caricaturas infantiles se demuestra violencia. En promedio hay seis veces más violencia durante una hora de televisión infantil que en una hora de televisión para adultos. Y cuando se habla de contenidos “violentos” nos referimos a escenas que impliquen la destrucción, lesiones o daño (tanto físicos como psicológicos a personas, animales o cosas; o que muestren aspectos delictivos).

### **Pasos ganados**

En la actualidad está ocurriendo algo muy grave y es que, desde los medios de comunicación, o desde diferentes manifestaciones artísticas, parten propuestas de violencia que legitiman su práctica frente a la resolución de conflictos.

Algunas letras de canciones, dígame de boleros, por ejemplo, emplean frases como: “traicionera”, “eres mía, solo mía”, “seré tú esclava”, “mátame”, que refuerzan la posición de subordinación de la mujer en el imaginario social. Igualmente sucede con algunos videos click, que emplean el cuerpo sexuado con fines sensacionalistas, victimizan a la mujer, refuerzan los comportamientos sexistas, distorsionan la manera de vivir la sexualidad, nos alejan de la equidad y el amor en la relación de pareja y rompen con normas y pautas necesarias para vivir e interactuar en sociedad.

No obstante, no podemos absolutizar porque se han venido manifestando cambios en las obras contemporáneas, que denotan cierta conciencia del asunto y responsabilidad. Poco a poco han ido apareciendo productos audiovisuales donde priman el respeto hacia el otro, la sencillez, la amabilidad.

También en televisión ha habido algunos avances y algunos espacios muestran las formas incorrectas en que nos comunicamos y los daños que genera un contexto violento para la convivencia de la familia y la sociedad. El programa “Cuando una mujer” puede ser un buen ejemplo, así como algunos anuncios televisivos que promueven mensajes no violentos.

No se trata de enjuiciar a la televisión, ni culparla de toda la violencia que vivimos cotidianamente. Solo queremos destacar la necesidad de conocer más profunda y particularmente ciertos aspectos de la comunicación a través de los medios, en función de sus posibles efectos sociales en la generación de conductas agresivas y otras pautas aprendidas por imitación.

Vale la pena particularizar el análisis en las y los espectadores de menor edad, porque son quienes están más indefensas psicológicamente y serán, a mediano plazo, quienes tendrán en sus manos el futuro.